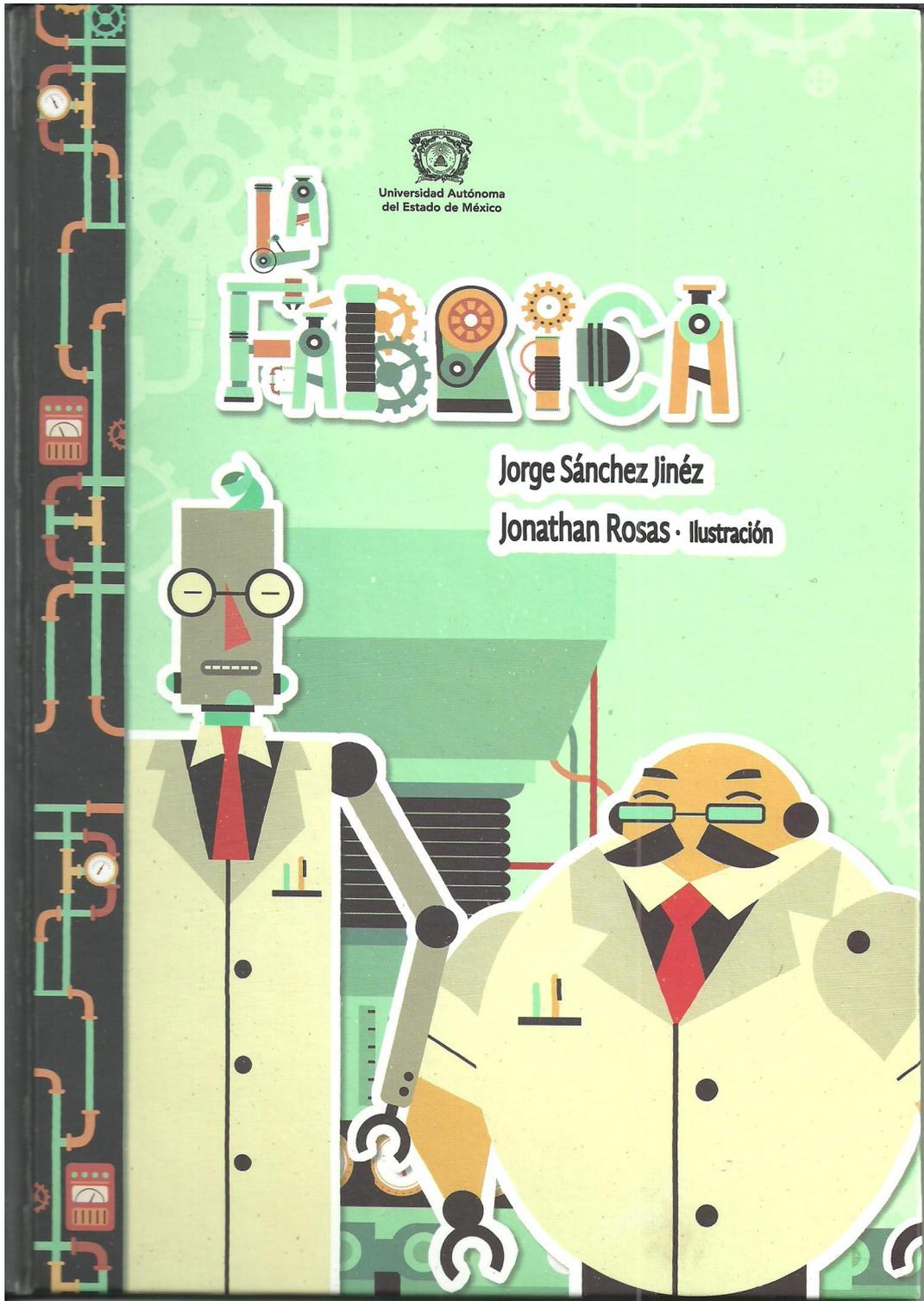


# La fábrica

Jorge Sánchez Jinéz



# Capítulo 1

## LA FÁBRICA

### Jorge Sánchez Jinéz

En la fábrica de producción de humanos, el jefe robot Épsilon Granadina tiene gripa y moquea tornillos todo el día. Épsilon no quiere ir al doctor, ni quiere tomar infusiones, ni quiere descansar. El trabajo de Épsilon es encomendar a los trabajadores que coloquen dosis exactas de agua en las máquinas de esponjamiento.

Camina por los pasillos y mira a los empleados con sus ojos de plomo.

–Humanos, humanos, preparemos –dice Épsilon, acomodándose la corbata.

Todos los días realiza el mismo recorrido: camina por el pasillo central, revisa la banda transportadora. Apura a los empleados. Regresa a la oficina.

–Furioso parece –dice Juli Ortega, el empleado con antigüedad de veinte años de trabajo en la fábrica, ágil y valiente.

–Tranquilo tú –responde Tomás Alfalfa, el obrero más inteligente, tratando de calmar a su compañero.

Los obreros colocan un cubo de masa en la banda transportadora que llega hasta el laboratorio. Al llegar ahí, los farmacéuticos toman un gotero para agregar la cantidad precisa de agua. Hay que poner veinte gotas para humanos bebés, treinta gotas para humanos jóvenes y cuarenta gotas para humanos adultos, a razón de una gota más para las mujeres.

Además de estas generalidades, la fórmula requiere un material secreto para teñir la piel de un color determinado.

Para preparar a los humanos de piel roja se agrega un batido de cereza y arándanos, a veces una rodaja de durazno y dos o tres pelos de elote.

Para los humanos negros mezclan chocolate con leche de vaca, y salen unos negros y negras hermosos, con la piel oscura como la noche, y con los glóbulos de los ojos blancos como un cielo despejado.

Para preparar humanos con piel clara, los robots atrapan algunas nubes y las mezclan en una licuadora de metal. El líquido obtenido se vierte en un molde de mármol, se deja reposar a la sombra porque si le da el sol se

derrite.

Cuando los humanos están terminados, los robots los envían, naturalmente, al mundo de los humanos. Allí otros humanos los utilizan para trabajar como profesores, malabaristas, panaderos, astronautas, albañiles y muchos otros oficios, excepto el de presidente porque en la fábrica M&M no les gusta hacer humanos tontos. De hecho, el lema de la fábrica es: *Humanos buenos, muy buenos*. La calidad ante todo.

Así, pues, todos los días los robots siguen el mismo proceso.

Incorporan ingredientes secretos para esponjar a los humanos, esperan a que sequen y cuando están listos, los empaquetan en cajas de madera, y los suben en un camión.

Como los robots siempre realizan el mismo proceso, entonces cantan para alegrar su trabajo.

Robots somos, somos,

Entre carne y sangre

Humanos armamos

Tienen sueño, hambre.

Humanos armamos

Para países lejanos

Muy muy lejanos

Los armamos.

Cuando los robots terminan de cantar hacen lo siguiente:

Todos los días, durante el desayuno, los robots se preguntan sobre la puerta prohibida ubicada en la oficina de Épsilon Granadina. Una puerta de madera con vetas.

Todo el mundo sabe que existe, pero permanece cerrada.

Cuando algún robot llega a la oficina del jefe, él se pone delante de la puerta. Entonces ya nadie puede averiguar el secreto. ¡Oh!, sí, el secreto.

Además de apurar a los empleados, el trabajo de Épsilon es cuidar la puerta. Entre tanto, los obreros platican sobre lo que tal vez hay detrás de

ella.

-Rondana.

-Electrodo.

-Cátodo.

-Batería.

Mientras los obreros se preguntan qué habrá del otro lado de la puerta, Tomás y Juli observan que diariamente a las once en punto de la mañana Épsilon Granadina sale de su oficina para tomar un descanso. Los dos obreros aprovechan ese tiempo para entrar a la oficina y abrir la puerta prohibida.

Descubren que hay una fábrica llamada W&W. Hay máquinas de fundición de cobre, de ensamblaje de armatostes y de confección y diseño de circuitos. En aquella fábrica también hay un pasillo central y una banda transportadora.

El propósito de W&W es armar distintos tipos de robots: licuadoras que no licúan, televisores sin pantalla, radios sin antena, teléfonos que deforman la voz, y motores que no motorizan. Su especialidad son las computadoras para presidentes; computadoras que no escriben nada ni sirven para nada, igual que los presidentes. De hecho, el lema de la empresa W&W es: *Mal, todo muy mal.*

El segundo día que cruzan la puerta advierten que aquellos obreros son humanos. Humanos altos, bajos, humanos mujeres, humanos con piel roja, con una peca por aquí, una marca de nacimiento por allá; cabello rizado, ondulado, lacio, sin cabello; ojos azules, verdes, cafés, negros... bueno, ya se sabe cómo son los distintos tipos de humanos. Puesto que ellos realizan siempre el mismo trabajo, también cantan para acompañar su trabajo. Pero su canción la entonan de esta forma:

Somos humanos y estamos cansados

Aburridos como perros gachos

Esmirriados y sin filtros hacemos robots

Pops pops pops, otra cosa no tenemos.

Con las manos cansadas y los cascos agujereados

Hacemos los robots a nuestro agrado

Si a nadie le gustan se los metemos en la nariz

Para que cada quien se esté quieto y nadie sea feliz.

El tercer día encuentran que hay un doble de ellos y del jefe. Todos tienen dos características especiales: a) una manera de ser contraria, b) sus nombres se dicen de derecha a izquierda. Sumando ambas características se tiene que en lugar de un Tomás Alfalfa ágil encuentran un Aflafla Sámot cansado, que al caminar arrastra los pies. En lugar de un Juli Ortega simpático, encuentran un Agetro Iluj que tiene el ceño fruncido y rezonga cada cinco minutos. El jefe, en lugar de llamarse Épsilon Granadina, se llama Anidanarg Nolispé, es chaparro y gordo, nadie lo atiende cuando da una orden, hasta después de varias veces.

El cuarto día se dan cuenta que los humanos hablan de forma distinta a los robots.

–Vaya, fue un día pesado, ¡eh! –dice Aflafla Sámot.

–Ya lo creo.

Ambos caminan por el pasillo arrastrando los pies.

–Tal vez mañana hagamos menos trabajo.

–Eso espero. Trabajar no es bueno.

Balancean los brazos lánguidos como si fueran hilos.

–Tengo pereza –confiesa Agetro Iluj, rascándose la panza.

–Yo igual –responde Aflafla Sámot, bostezando.

–A veces quisiera ser tan perezoso como tú. No sé cómo lo consigues, pero algún día también lo haré.

–Eso espero.

En cuanto a Anidanarg Nolispé, quien se encarga de apurar a los obreros para fabricar los productos más defectuosos, se la pasa repitiendo cosas como estas:

–¡Hey!, tú, quítale algunos cables a ese radio.

O cosas como:

-Ustedes, no le pongan tuercas a ese horno.

O también les grita:

-Rápido, tuerzan los cables de esa lavadora.

Y cuando está muy a gusto, dice:

-Con entusiasmo, quemén los circuitos de esa pantalla.

Anidanarg Nolispé trata de empeorar el trabajo lo mejor posible, por eso es el jefe. Y cuando el jefe habla, debe repetirlo cinco o seis veces. Pero al final lo obedecen.

El quinto día, Tomás y Juli descubren una puerta no prohibida en la oficina de Anidanarg Nolispé. Aquí nadie se pregunta qué habrá detrás de ella, porque todos los días, al terminar la jornada de trabajo, los obreros humanos entran a la oficina, abren esta puerta y echan detrás de ella un montón de basura que transportan en cubetas; se trata de una sustancia amarilla sobrante de la fabricación de los robots.

Lo único que Tomás y Juli escuchan al respecto es la plática de dos obreros humanos.

-¿Por qué el jefe guarda basura en su oficina?

-¿Crees que lo sé?

-Sólo preguntaba.

-No preguntes. Mejor contesta.

-Le gusta comer basura.

-A lo mejor.

-La regala a los niños como un juguete.

-Tal vez.

-La utiliza como combustible para su coche.

-Quizás.

–Agrega unas gotas de agua y se la pone como perfume.

–Probablemente.

En efecto, el único secreto de la fábrica W&W consiste en saber para qué sirve la basura que los obreros guardan detrás de la puerta no prohibida.

El sexto día observan que nadie tiene gripa, nadie estornuda, hasta ahora. Por eso la fábrica de robots se mantiene en funcionamiento de manera continua.

El séptimo día, frío pero muy frío, Épsilon Granadina contagia de gripa a Tomás Alfalfa. A quien se le empiezan a salir los tornillos por la nariz. Por lo cual no viaja a la fábrica de humanos. En lugar de eso, Tomás intenta arreglarse la gripa, pero no lo consigue con nada. Ya tomó pastillas de paracetamoltronic recetadas por el doctor; infusiones de aceite de su abuela –una vieja lavadora–, ya descansó un buen rato; pero nada funciona.

Finalmente, Tomás Alfalfa contagia a Juli Ortega, quien a su vez contagia a otro obrero, y luego éste a otro. Y puesto que una desgracia sigue a otra, llega el día en que todos los trabajadores de la fábrica andan moqueando tornillos.

Cuando llega la mañana más fría del invierno, Juli Ortega aplica a su amigo Tomás Alfalfa un remedio para curar la gripa, que leyó en una revista electrónica china. Siguiendo las instrucciones mencionadas en aquella publicación, Juli Ortega sujeta a Tomás Alfalfa por las axilas, pero en lugar de curarle la gripa, le provoca un estornudo, ocasionando que le salte un tornillo que va a caer en el motor de una máquina y la descompone. Y como una desgracia siempre sigue a otra, esta máquina afecta a otra, y ésta a otra, hasta que la última explota y derrumba el techo de la fábrica.

Los obreros robot corren a la oficina de Épsilon Granadina para protegerse. Dan vueltas, caminan de un lado para otro. Tomás Alfalfa y Juli Ortega aprovechan el desconcierto. Sin que nadie lo perciba, abren la puerta prohibida y llegan al otro lado.

Ellos no saben que ya los esperan sus dobles, quienes los han espiado durante los días anteriores, los atrapan en una caja y los llevan a una bodega oculta. Aflafla Sámot y Agetro Iluj los esclavizan durante siete días. Los utilizan para bolearles los zapatos, quitar la silla a los compañeros cuando se sientan, preparar café, redactar informes, podar el pasto del jardín, y lavar los baños.

Llegado el séptimo día de encierro, Tomás y Juli deciden escapar aprovechando la hora del descanso, cuando sus dobles van a cenar. Así lo

hacen. Tomás y Juli salen de la bodega oculta.

–Aprisa, corre –dice Tomás, apretujando los circuitos para avanzar lo más rápido posible.

–Intento, intento –contesta Juli, abriendo hasta donde le permiten sus mecánicas piernas.

Entran a la oficina de Anidanarg Nolispé. Abren la puerta no prohibida, descubren la sustancia que transportaban allí los obreros humanos. Se trata de caramelos morados circulares cuadrangulosos con sabor a triángulo de limón y fresa con chispas fosforescentes, a los que deciden llamar simplemente bolitas de miel. Guardan un montón de ellas bajo las perillas, sobre la bandeja y entre los botones.

Tomás y Juli salen de la oficina, corren por el pasillo central y a punto de regresar a la fábrica de humanos, aparecen los dos dobles y amenazan a los robots con encerrarlos para siempre en la bodega prohibida. Los robots quieren escapar y en cuanto lo intentan, los obreros humanos van tras ellos, pero cometen un error. Agarran a Tomás Alfalfa por las metálicas axilas, provocándole un estornudo con lo cual se le sale un tornillo, que va a caer al motor de una máquina y la descompone, que a su vez daña a otra, y ésta a otra, hasta que la última –dedicada a la fabricación de tuercas– explota y derrumba el techo de la fábrica. Los obreros humanos se encierran en la oficina de Anidanarg Nolispé para cubrirse. Dan vueltas, caminan de un lado para otro.

Mientras todo se viene abajo, Tomás Alfalfa y Juli Ortega corren por el pasillo central de regreso a la fábrica de producción de humanos. Abren la puerta prohibida y apenas entran, Juli Ortega tropieza ocasionando que una bolita de miel salte de su bandeja y caiga en el motor principal de un obrero, que de inmediato deja de moquear tornillos; una segunda bolita cae en el motor de otro obrero y también aquel deja de moquear. Una tercera bolita cae en el motor de un tercer obrero. Y puesto que una buena noticia siempre sigue a otra, las bolitas de miel siguen cayendo en los motores principales de los obreros, hasta que todos quedan curados de la gripa. Entonces los robots vitorean:

–¡Hurra, hurra, Tomás Alfalfa!

–¡Hurra, hurra, Juli Ortega!

Cuando terminan los festejos Épsilon Granadina da la instrucción de reparar las máquinas de esponjamiento y solicita el levantamiento del techo.

Desde aquel día, cuando algún obrero pregunta algo acerca de la puerta prohibida, que ahora es una puerta cerrada, Épsilon Granadina lo invita a

pasar a su oficina, le ofrece asiento y, guiñando uno de sus ojos de plomo, le cuenta esta historia.